

*En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama a sí mismo, se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo, se guardará para la vida eterna. El que quiere servirme, que me siga, y donde esté yo, allí también estará mi servidor; a quien me sirva, el Padre lo honrará».*

Jesús es claro. No se puede encontrar la verdadera vida sin dar la propia. La vida es fruto del amor, y brota en la medida en que nos entregamos, en la medida en que estamos más pendientes de dar que de recibir.

En la metáfora de Jesús, el caer en tierra y morir es condición para que el grano libere toda la energía que tiene. El fruto comienza en el mismo grano que muere. Así sucede también en la vida. El don total de sí es lo que hace que la vida de una persona sea realmente fecunda.

Dicen los maestros espirituales que una cosa es dar, dar limosna, incluso ser muy generosos, pero otra cosa es “darse”, entregarse uno mismo a los demás, por amor a Dios.

A veces venimos a la Iglesia a Misa, pidiendo a Dios que nos dé paz, nos dé amor, nos dé consuelo, nos dé ánimos, que nos dé soluciones... pero lo que Él quiere darnos es a Él mismo. Esta es la esencia de la Eucaristía: Dios mismo que se nos quiere dar, que se nos da. Y con Dios, ya lo tenemos todo.

Por eso el Cielo es plenitud: porque cuando la muerte nos vacía de todo, Dios nos llenará de Él mismo. Eso es la vida y la felicidad eternas.

Está bien desear y pedir cosas a Dios, como pruebas actuales de su amor. Pero pidamos a la Virgen y a San Lorenzo que nuestro mayor y más profundo deseo del corazón, por encima de otros deseos, sea recibir todo de Dios.